

1899

SÁNCHEZ, MOISÉS. *La libertad en relación con el determinismo.*

La libertad en relación con el determinismo / Moisés Sánchez. – Lima, 1899.

14 h.; 33 cm. Texto manuscrito.

Tesis (Dr.) – UNMSM, Facultad de Letras, 1899.

Contenido: “En los albores de la humanidad intelectual, la ciencia antigua se afanó en averiguar la naturaleza íntima de las cosas, su esencia y hasta el porqué de ellas; empeño laudable, bien que imposible, pues la inteligencia pedía lo que por su propia limitación le era imposible abarcar”.

Ubicación: Archivo Histórico, UNMSM.

Caja: 79(185)

Folio: 26-39

**LA LIBERTAD EN RELACION
-CON EL DETERMINISMO-¹**

-TESIS-

Para optar el grado de Doctor

en la

Facultad de Letras

leida por

MOISES SANCHEZ

-LIMA-

¹ Caja 79 (185) Inicio del folio 26.

Sr. Decano², Sres. Catedráticos, Sres:

Los repetidos desengaños que el espíritu humano ha sufrido en el camino de las especulaciones filosóficas, parece que debían haberlo retraído, para siempre, de implicar la actividad en un terreno que por su inmensa latitud, tenía que ser tenazmente improductivo, sin un resorte secreto, un movimiento espontáneo, si su naturaleza pensante, no le empujara con irresistible empuje á escalar con titánicos pasos la cumbre del Saber Humano coronada por ese substractum de la Ciencia, al que con mucha razón, se llama filosofía. Cual otro Prometeo se divisó por la chispa divina, asciende al Olimpo, entra en consorcio con los dioses y concluye apoderándose del fuego que anhela, aunque después se cuenta encadenado. Así el espíritu humano, por mas naufragio que sufra en el extenso y turbulento mar del error, y por más obstáculos y desengaños que halle a su paso, jamás retrocede, nunca se acobarda; ellos no sirven sino para disputar más y más su insaciable curiosidad, pues alentado por el ideal de lo desconocido, esta Antes, de todos los siglos, se adquiere nuevas fuerzas, y se lanza en el camino de la investigación filosófica hasta llamar a las puertas de lo incomprensible, siguiéndose de aquí que el ser humano, desde el primer momento que siente las palpitations de la vida mental, cuando la razón ilumina los centros del cerebro, convirtiendo el día en claro la oscura caverna del yo, hasta que ese luminar se apaga, por falta de vitalidad, jamás ha interrumpido su afanosa tarea de investigación científica.

II

En los primeros albores de la humana intelectualidad, la ciencia antigua se afano en averiguar la naturaleza íntima de las cosas, su esencia y hasta el porque de ellas, empeño laudable, bien que imposible, pues la inteligencia pedía lo que por su propia limitación lo veía imposible abarcar.

De este norte de querer conoce las cosas más de una exigencia, por lo demás temeréis de investigar a la ciencia lo que ella misma ignoraba, surgieron una multitud de problemas, que hoy a pesar de la misma distancia, que a través del tiempo nos separa y del trabajo intelectual constante del sin numero de generaciones pasadas, no han tenido todavía completa y satisfactoriamente solución. Es por esto que, hoy la ciencia moderna positiva abandona tales problemas; concuerda como está de que todo aquello que hoy

² Inicio de folio 27.

naturalmente escapa al criterio de la razón, carece de valor científico; y solo trata de sustituir con caminos², cada vez mas generales y simbólicos, las representaciones concretas de la realidad fisionímica, haciendo abstracción como lo hace la escuela positiva inglesa, de los términos extremos, de esa inmensa cadena que forman nuestros conocimientos.

El iniciador de tan sorprendente revolución, en este terreno, como bien lo sabemos, fue el filosofo de Koenisberg que dio al traste con las entidades ontologicas de la antigua ciencia, citando al tribunal de la razón a la razón misma, viendo, qué es lo que es dado a conocer y hasta donde puede extender su poder; y declarando que todo lo contenido en el circulo descrito por el sabio de la razón, era científico, que lo externo a él era meramente hipotético.

Mas a pesar de la declaración franca y leal de la escuela positiva contemporánea, nosotros no podemos prescindir de aquellas preocupaciones que nos legaron las generaciones pasadas, que cual importunos espectros, invaden el campo intelectual. La ruptura con el pasado nos atormenta, y de grato o por fuerza, nos preocupamos siempre de esos antiguos fantasmas de la filosofía.

¿Qué somos? He aquí el vastísimo y trascendental problema que de una manera necesaria e inconsciente surge ante la condición medianamente culto, ha girado y gira el pensamiento filosófico de todos los siglos y de todas las edades, sin que, por desgracia hasta ahora no se haya obtenido una solución concreta y satisfactoria: este problema considerado en toda su amplitud, se relaciona naturalmente con toda la realidad, y en generalidad abarca todas las cuestiones filosóficas que con él se relacionan. Indudablemente que el conocimiento completo y perfecto de nosotros mismos, mas o menos, nos daría el valor de toda la realidad, pues hasta indirectamente, nos proporciona el medio seguro de inducir sobre nuestro origen y destino. Que sirve aquí esto; para saber lo que somos, necesitamos estudiar primero nuestra naturaleza en toda su complejidad, después establecer comparaciones de relación con todos los seres que nos rodean; estas comparaciones solo se prestan hacer mediante el conocimiento de los seres comparados; solo así se conocen debidamente el valor de ellas. En resumen, el problema planteado contiene la clave de todos los otros que secundariamente y como pro derivación surge ante la inteligencia; de aquí el esfuerzo del intelecto humano para abordar tan vasto como complicado, concepto de cuyo estudio han brotado otros de

² Inicio del folio 28

índole menos trascendente: el alma y sus³ atributos, la vida y sus manifestaciones, las sustancias y sus formas, los conceptos y su valor, etc., en una palabra, la materia y el espíritu o sed; el hombre estudiándose en sus dos unidades: como extenso y como pensante.

III

Dividida la ciencia, desde sus orígenes en dos inmensos campos: la observación externa o sea el mundo físico, y la observación interna, o sea el mundo psicológico; pero pocos después unidas estas dos concepciones e invadiendo recíprocamente, la una al campo de la otra, y reclamando cada una para si absoluto predominio, naturalmente surgió para la primera, el materialismo puro, con todas sus repugnancias y extravíos, figurando como corifeos de ella, Aristipo, Epicuro y otros, limitando nuestra ciencia a lo sensible, a lo extenso y encerrando nuestra actividad en el estrecho círculo de los sentidos: toda la realidad fenoménica, todo lo que puede ser conocido y constatado por el hombre, radica en el Cosmos, fuera de él no hay nada cierto, todo es ilusorio, oscuro y nebuloso. Para la segunda apreciación surgió el espiritualismo que a su vez pugnando por dar vida y realidad a lo que de suyo carece, fluctuando entre lo ideal y lo utópico, declarando sobre todo lo material y tangible, existe un vasto campo de especulación dignas de nuestra atención, las únicas cuyo estudio es del preferente dominio del hombre, como ser inteligente y libre.

Esta doble faz de concebir la ciencia, estableciendo desde el principio, entre estas dos mitades, una profunda e inconciliable separación; después de haber luchado durante muchos siglos; después de haber adquirido cada una su más alto grado de desarrollo y no habiendo podido destruirse han convencido en conciliarse y armonizarse. De esta separación iniciada muy al principio, repito, y cuyos orígenes podemos hallarlos en las Escuelas Jónica y Pitagórica, se originó, como consecuencia original, la oposición entre el alma y el cuerpo, o sea, entre el pensamiento y la materia. Estudiando por separado cada una de estas entidades, se descubrió en la una, cualidades que no convenían a la otra o que estaban en pugna abierta. Se estudió al hombre unas veces como simple materia, sometido a todas las leyes mecánicas del mundo cósmico, y otras se ligó al estudio de el mismo, tomándolo como sustancia espiritual, sujeto a las leyes del

³ Inicio del folio 29.

pensamiento, resultando⁴ como consecuencia lógica, el determinismo como considerada como entidad distinta de la otra, y la libertad para la segunda.

Estas dos doctrinas aisladas y aplicadas a entidades distintas, materia y espíritu, fueron verdaderas. Cuando se trató de aplicar el determinismo a los fenómenos psíquicos, creyéndola como la ley más general, común a toda la naturaleza, de la que no podían sustraerse los actos del espíritu, llamados libres, sin contrariar los principios de causalidad y de uniformidad en la naturaleza, surgió el problema de los problemas: el problema de la libertad que con razón se llama el problema filosófico por excelencia. Problema que, como vemos, se desprende, aunque no inmediatamente, pero si de una manera innegable de la anterior pregunta: ¿Qué somos?

IV

Esta separación prematura e incondicional, no fue la obra exclusiva de la antigüedad. La encontramos también perfectamente en los tiempos modernos. Descartes, a quien con sobrada razón, se le llama el Padre de la Filosofía, planteó la cuestión en los mismos términos, colocando entre el mundo de la extensión y el mundo del espíritu, u abismo infranqueable, teniendo que acudir después a expedientes hipotéticos, a afirmaciones dogmáticas, cuando pretenden recomponer ese mundo que había desmenuzado, con su implacable y escrupuloso análisis. Más tarde, el mismo Leibnitz, miró el problema bajo el mismo aspecto acudiendo a las mónadas y a la armonía pre-establecida.

Espinoza, rechazando la variedad de sustancias, y comprendiendo la realidad en una sola, destruía también, con su panteísmo, el principio de la libertad; y finalmente, Alfredo Fouillée, al ensayar el acuerdo entre la libertad y el determinismo, niega la existencia de ese poder que llamamos el libre albedrío, y lo sustituye por la simple idea que de él tenemos; ese poder aunque ideal, lo cree suficiente para determinarnos en un momento dado, el hombre no es libre dice en cuanto ese poder nombrado libertad no existe realmente, en razón de que tiene la idea de ese poder y le basta.

Como se ve, el problema subsiste; las soluciones que se han dado no zanján las dificultades, y el continuará preocupando al hombre mientras se es hombre, y no con poca razón; pues la solución en sentido afirmativo o negativo de⁵ tan trascendental cuestión, edifica o destruye una multitud de ciencias secundarias, como la morales o

⁴ Inicio del folio 30.

⁵ Inicio del folio 31.

jurídicas, que se elevan majestuosas, sustentadas por ese poder o facultad llamada libertad, ciencias que a su vez son el alma de la humanidad, pues en donde se supriman las ideas morales, la humanidad perece.

De vosotros, sin pretender decir la última palabra, en un asunto de suyo tan controvertido y abstracto, vamos simplemente a emitir, nuestra opinión, procurando en todo caso armonizar nuestro pensamiento con el de la mayoría.

V

Indudablemente el problema que nos ocupa, junto con sus aproximadas soluciones, ha tenido históricamente tres grandes momentos en los cuales se han sumado ideas, sentimientos y tendencias de diversa índole bien marcada. El concepto de libre albedrío para los griegos y sociedad pagana es muy distinto del concepto cristiano, durante la Edad Media, y ambos más distintos todavía del concepto contemporáneo de la filosofía positiva.

Para los primeros, este concepto es muy vago, en los orígenes de la filosofía griega; pueden decirse que no han tenido que resolver dicho problema, por la sencilla razón de que no se planteaba ante ellos. Preocupados por la vida física, no distinguían las ideas de materia, vida y espíritu. Así los Jonios hacen surgir el mundo y todas sus formas más particulares de una ametría viva, agua, aire y fuego, a la cual atribuyen en ocasiones la inteligencia, como Heraclito y Diógenes de Apolonio.

El principio del mundo que es físico y espiritual, al mismo tiempo, llega a ser, mas tarde, el alma humana, mediante una evolución natural.

Sin embargo, el problema llega a ser entre visto por los pitagóricos. El alma humana es arrojada al cuerpo por una especie de expiación, en castigo de sus faltas, después de su muerte, va al Konnos o al Tártaro, según sus meritos y allí la condenan a efectuar nuevas peregrinaciones a través de los cuerpos de hombres y animales. Esta doctrina alegórica envuelve, como se ve, un destello de libertad, pues no, de otro modo se concibe el merito de ir al Tártaro o al castigo de ser arrojado al Konnos.

Los eleatas profesan una especie de panteísmo que en la unidad del principio⁶ supremo eterno e inmutable, confunden lo corpóreo con lo incorpóreo.

⁶ Inicio del folio 32.

Para Parmenides y Democrito, no hay tal libertad, todo se hace por necesidad; el mismo principio es el mismo tiempo, el destino la fatalidad, la justicia, la providencia y la causa del universo. Nada nace por casualidad. Todo procede de la razón y la necesidad.

Sócrates y Platón, confundiendo la moral con la ciencia, o sea lo bueno con lo verdadero, y sosteniendo que lo bueno se impone, fatal e irresistiblemente, a la voluntad como la verdad de axioma se impone a la inteligencia desde que la conoce, desnaturaliza, también, la idea de libertad, puesto que la voluntad se halla fuertemente subyugada en presencia del bien, realizará éste en su ausencia de toda elusión, puesto que no cabe elusión allí donde solo hay un partido posible, y el mal solo se realizaría por ignorancia, por no conocer el bien pero no por libertad.

Finalmente, Epicuro, discípulo de Aristóteles, anonadado ante los designios inmutables del inflexible destino, de esa ciega fatalidad que en su tiempo se creía ser la única razón, la causa suprema de nuestros actos, exclama: “Mas vale prestar crédito a las fabulas sobre los dioses, que estar esclavizado a la ciega fatalidad de los filósofos; las fabulas nos dejan la esperanza de enternecer a los dioses, con las honras que les tributamos pro no hay manera de hacer lo mismo con la rígida necesidad”.

Durante la Edad Media, bajo la influencia del Cristianismo, el problema adquiere una faz más complicada e interesante, a la vez que se reviste de todas las formas majestuosas de la Teología, pugna por hermanar lo divino con lo humano, lo finito con lo infinito, pues la voluntad omnisciente de Dios dirigiendo la libertad humana, es la única explicación armónica de nuestros actos, la filosofía dándose un abrazo transitorio con la teología. Esta escuela llamada Teosófica, no esta asignada de principios opuestos, tuvo por representante a San Agustín, San Buenaventura, Santo Tomas, Busue, y otros, que sacrificando algunas veces la libertad humana en pro de la ciencia divina, como en San Agustín que, aunque al principio, nos dice: “hay que admitir el libre albedrío como necesario para la justicia de Dios y para la vida moral del hombre”. Concluye afirmando que las determinaciones humanas no pueden sustraerse de la previsión divina.

A⁷ su vez, Santo Tomas, al conciliar la libertad humana con la presencia divina, sin darse cuenta, creyendo abogar a favor de la libertad humana, la subordina a la presencia divina dice: “Todo cuanto Dios conoce, es necesario que se realice, pues hasta lo que nosotros sabemos, es necesario que sea y la ciencia de Dios es mas segura que la nuestra” y para sacar ilesa a la libertad, cree limitada la ciencia divina, alegando que

⁷ Inicio del folio 33.

ningún futuro contingente es conocido por Dios. Pero Dios conoce todas las cosas, no solo en acto, sino también en potencia; luego los futuros contingentes, caen bajo la previsión divina.

El único filósofo de la Edad Media, partidario ferviente de la libertad fue el Doctor Duns Scotto, dice: “el mundo es contingente en él, hay causas libres de obrar o no obrar y hechos que pueden producirse o no. La libertad en el hombre no se comprende sino por la libertad en Dios, Dios no puede encontrar en su inteligencia ideas y verdades ya formadas que se impongan a su acción como una especie de fatal necesidad, Dios si es perfecto, antes de obrar por necesidad, debe obrar por libertad”. Si la causa primera obrara por necesidad, antes que por espontaneidad, impondría a la causa segunda (el hombre) una acción necesaria y así la necesidad surtida en el primer principio llegaría hasta las últimas consecuencias. Si el mundo no es el resultado de un acto libre, no cabe ninguna clase de libertad en él. Como se ve, este ilustre pensador, adelantándose a su siglo, con esta concepción verdaderamente genial, dio al problema filosófico, una dirección más acertada: en efecto, nada prueba que la esencia divina sea la necesidad, antes que la espontaneidad, la perfección consiste en no estar subordinado a otro, en no depender sino de si mismo; es decir, en ser libre, el valor de una acción junto con el ser que la practica diese a medida que disminuye la libertad con que procede, luego si en Dios, hay actos verdaderamente libres, puede también haberlos en algunas de sus criaturas.

Finalmente, en el ultimo momento de la Filosofía, o sea a los ojos de la filosofía positiva contemporánea, cuyos orígenes los hallamos en Descartes, Kant y en H. Spencer; sin libertad de preocupaciones propias de los periodos anteriores, podemos decir que el problema filosófico del libre albedrío, se resuelve en un determinismo mecánico, riguroso e inalterable al que tiene que subordinarse nuestra voluntad, pues, la⁸ realidad efectiva, la presenta y la actual es simple resultante de las matemática de los antecedentes cronológicos, sin que lo porvenir, al atractivo del ideal, la previsión de lo que va a suceder, las anticipación del pensamiento, permita variar un ápice de la línea inflexible y fija en la predeterminación de los motivos. A primera vista se distingue que el problema que nos ocupa ha tomado una multitud de direcciones a través de las tres épocas que hemos examinado; más por variadas que sean estas direcciones, hemos

⁸ Inicio del folio 34.

tenido que mirarlo bajo sus tres principales fases: 1º fatalismo o destino ciego; 2º Dogmatismo Teofísico, y finalmente, 3º Determinismo nacido del Positivismo.

Lo estrecho del campo que corresponde a una tesis, en primer lugar y la falta de suficiente preparación por otra, no me permiten ocuparme detalladamente sino de esta última faz del problema, que desde luego, la creo la más interesante, ya que por ser una doctrina muy en boga, ya por tener visos de científica, para lo cual, cuento con la benevolencia de los ilustrados catedráticos que me escuchan, anticipadamente que no pretendo solucionar un problema, que en concepto de la misma filosofía, no se resolverá en este siglo, ni en el futuro, expondré simple y llanamente mi concepto, lujos más que de la ciencia de sinceridad sin tacha.- Con esta confianza entro en materia.

VI

¿Qué es la libertad? ¿Es libre el hombre? ¿Le es dado elegir entre varias acciones posibles, para realizar una a otra, a su antojo, sin que lo obligue en un sentido, o en otra ninguna necesidad interna o externa? ¿Lo que llamamos deliberación es propia de un ser independiente, dueño de sí mismo, que maneja sus actos y es la verdadera causa de ellos? ¿o no hace más que expresar el equilibrio o la oscilación de las fuerzas que lo componen y determinan su acción por las leyes de un mecanismo invencible; en una palabra, los actos humanos que creemos libres son tales, o no sino son resultados de fuerzas externas, desconocidas para la conciencia, pero que análogas a las leyes de la gravitación, que siguen el flujo y el reflujo del océano, haciendo levantar olas que vienen a estallar con furia, en la escarpada costa; así el océano de la conciencia será agitado por leyes idénticas, produciendo las mareas y naufragios análogos? Si así fuera, en el momento, en que escribo estas líneas, mi pensamiento, mi voluntad y mi personalidad toda, no tendría⁹ más función que la que se le puede atribuir a la otra.

Para plantear estas cuestiones y emitir nuestra opinión, tenemos la necesidad de definir y analizar lo que es la voluntad y lo que entendemos por libertad.

Voluntad, según la opinión generalmente admitida, es el poder de determinarse a otras. Tal poder es complejo, por esto, es que en todo acto voluntario completo, se distinguen tres partes sucesivas: deliberación, determinación y ejecución.

⁹ Inicio del folio 35.

La primera hace de la voluntad un poder consciente y razonador, que aprecia no solo las simples inclinaciones y refrena o da permiso a los deseos actuales, sino que también aprecia debidamente todas las consecuencias. Por la segunda calidad, llega a ser un poder efectivo, siendo ella la única que pone término a esa lucha de motivos y móviles de índole opuesta, haciendo muchas veces triunfar no al más fuerte como generalmente se cree, sino que a veces favorece al más débil, constituyendo así la volición propiamente dicha, y cualquiera que sea el nombre, que se le de a este acto de voluntad, el no representa otra cosa, que el permiso o la negativa dada al primer deseo, es el pronunciamiento de un fiad o un acto interior. La ejecución ultima parte del acto volente, no viene a ser otra cosa, como su nombre lo indica, sino el efecto exterior y final de la voluntad. Tal es el resultado que un análisis psicológico, nos da del acto volitivo.

Fácilmente se deduce que un poder, a manera de factor entra en el objeto volente, y cuya sola presencia pone termino al conflicto de motivos y móviles encontrados, haciendo triunfar el que sea de su agrado, ese poder misterioso, de naturaleza completamente ignorada, es propiamente la libertad.

Es a este poder que, los filósofos de todos los tiempos, lo han objetado, tratando de reemplazarlo con el fatalismo teológico, el panteísmo y finalmente con el determinismo que puede resumirse en esta doble formula. Sin motivos no hay voluntad: la voluntad sigue siendo el motivo más fuerte.

Respondemos a la primera afirmación: evidentemente que la voluntad, así como la inteligencia, ha menester de algún estímulo para ejercer su poder; pero un poder en ausencia de algo que lo estimule, existe, pero en tensión, sin motivarse, mas no por esto, se puede concluirse que los motivos, causa ocasional del acto, sean los que lo constituyen; la voluntad en ausencia de motivos, existe, como existe la fuerza expansiva de la pólvora antes de ser inflamada, y que al contacto¹⁰ de las más leve chispa, esa fuerza de tensión, se transforma en fuerza viva; así la voluntad se pone activa, cuando la provoca el deseo de ser acto, y despliega mayor energía, cuando un deseo no es contrariado, viniendo esta consideración, cuando las consecuencias de su realización, no le son contrarias, viniendo esta consideración a aumentar así el infinito dado por el primer deseo, otras veces, esa mayor energía, puede venirle también de la eficacia con que es solicitada por motivos o móviles encontrados: entonces, para vencer esa

¹⁰ Inicio del folio 36.

resistencia de fuerzas que tienden a encaminarla en direcciones opuestas, tiene que desplegar mayor poder, para determinar por si con entera independencia, poder que solo la voluntad lo tiene.

Contestando a la segunda objeción decimos: que la voluntad siga siendo siempre el motivo mas fuerte, no pasa ser un bello dogmatismo: ¿Qué medios tenemos para apreciar o medir los motivos, su intensidad, su calidad, su excelencia y otras mas circunstancias que, de suyo, las hacen cantidades heterogéneas? Ninguno; ¿de que medio, con que signo conocería la misma voluntad al motivo o al móvil más fuerte? No sabemos. De tal modo, que motivo más antes del acto, y si lo hay, nos es completamente ignorado. ¿Llamamos motivo mas fuerte, a aquel cuyo sentido se ha practicado el acto?; pero la calificación debe ser anterior al acto, para que en vista de los motivos, ya conocido o calificado alguno de ellos como el más fuerte, predecir el acto que lo realizará, de tal modo que por este procedimiento, incurrimos en una petición de principios; el motivo triunfante no ha sido el más fuerte en si, sino que es ya la voluntad la que le da esa calidad, que antes no podíamos afirmar si lo tenia o no, y como otra de las ideas del acto reputado libre, es la posibilidad de hacer lo contrario, o mejor dicho la ilusión; concluimos que la voluntad podía haberse inclinado en el sentido del motivo más débil y éste, en tal caso, podría ser refutado por el mas fuerte.

La conclusión que nos lleva esta doctrina, caso de ser verdadera seria, que conocidos anticipadamente, y de manera perfecta, todos los motivos y los meritos que influyen en la voluntad, la conducta del ser moral, se podía conocer perfectamente de antemano, o mejor dicho, la vida presente, se resolvería en un capitulo de la mecánica o de la Química en general.

Mas a pesar de todo, tal función seria simplemente voluntaria, le pasaría al¹¹ que tal cosa pretenda, lo que al químico que tomase, sin motivo extremadamente complejo, en el que el análisis todavía no ha podido faltar respecto al numero y propiedades de los elementos que lo componen, siendo por consiguiente imposible de ser encerrado en una formula; si a este reactivo añadiese algunas sustancias colorantes, no podía predecir de antemano y sin riesgo de equivocarse, los nuevos matices, que en virtud de la meseta se producirán puesto que ignora las propiedades del componente principal, así también, de la combinación de motivos y móviles, únicos que podemos conocer, con nuestro natural propio, con nuestra personalidad, en la que existen, componentes y reactivos

¹¹ Inicio del folio 37.

sumamente desconocidos y variados, no podíamos aventurarnos a predecir lo que resultará, en la química mental, es pues, mas difícil, la previsión.

VII

Finalmente hay otro determinismo llamado filosófico o científico, por estar basado en el principio de causalidad de continuidad en los fenómenos y de la unidad de fuerzas en la naturaleza; cree que nuestros actos son el resultado de antecedentes cronológicos, que nada nuevo puede aparecer en la naturaleza, que es absurdo creer en un poder creador ex nihilo en la voluntad, que ella es sino como un imperio dentro de otro imperio, que los actos llamados libres son tales, únicamente por la ignorancia en que estamos de las causas antecedentes que lo originan, en una palabra que, nuestra vida moral a semejanza de la vida física, es un resultado, es una sombra, o una repetición monótona, de lo que ya había sido antes, cual si viviéramos de recuerdos, y a la vez de ilusiones y esperanzas revestidas en lo porvenir, el ideal con todos sus atractivos es mentira para esta escuela; de manera que solo se necesita las leyes que rigen esos fenómenos y no las causas que los pueden producir para que nuestras predicciones sean ciertas, respecto del porvenir que es solo posibilidad del presente.

Esta conclusión da origen a la escuela llamada asociacionista, representada por Juan Stuart Mill, Alejandro Bain, Herberto Spencer, y por los psicofísicos de la escuela alemana, Vechner, Wundt, escuela que al hacer la investigación psicológica, ya no se preocupa ya de alma como entidad sustancial, con sus cualidades y atributos, sino que hace de ella la ciencia de los hechos internos y de sus relaciones con sus concomitantes físicos y fisiológicos, añadiendo a la observación de la conciencia, demasiado exclusiva, todos los¹² documentos que suministra la vida animal, la vida de las razas primitivas, la fisiología y la patología mentales, las lenguas, los monumentos de la civilizaciones desaparecidas, acoger en una palabra, todos los elementos de la información abierta sobre la vida espiritual; y con este acopio de datos, estudiar con atención las leyes que rigen dichos fenómenos: tal es la aspiración de esta nueva escuela.

Contestamos: no desconocemos la fuerza de estas razones, pero creemos también que la voluntad es un todo complejo donde actúan motivos, móviles, temperamentos, carácter, medios climatológicos, raza, herencia, etc., etc., todos ellos tienen en verdad, su parte en

¹² Inicio del folio 38.

el acto volitivo; de allí que sea un poder complejo, pero todos estos factores permanecen flotando en la superficie tranquila de la conciencia; allí es donde se disfrutan entre sí la preponderancia, para inclinar en su favor la voluntad; pero nosotros percibimos que estos factores, no hacen sino lustrar, disfrutándose el campo, buscando la victoria, sin que ninguno la consiga en la mayoría de los casos; y solo es, del fondo de la conciencia, que surge, por cuanto, un poder que hace callar a todos los beligrantes, y es el único cuyo imperio prevalece, y al que, de grado o por fuerza, se someten los demás, ese poder que en un momento dado, se presenta surgiendo de lo más profundo de la conciencia para poner término a la lucha, es al que nosotros llamamos libertad; poder que como se ve, está muy en el fondo de la voluntad, desconocido en sí, y que no se manifiesta sino para disuadir el acto volente; este poder casi oculto, misterioso, no puede ser conocido, mucho menos medido, ni calculado de antemano, ni sometido a ninguna ley mecánica. Por este determinismo llamado científico, aplicado al acto libre, no tiene todo el valor que sus partidarios le atribuyen.

Así pues el determinismo solo semeja la suma de las condiciones vacías y de las posibilidades puramente lógicas de la existencia, atenerse al determinismo es atenerse a la forma de las cosas más que a su realidad. Hay necesidad¹³ pues de indagar ¿Qué es ese desconocido que lo sentimos dentro de nosotros mismos?, ¿en que consiste la realidad que se oculta bajo el determinismo psicológico, el fin hacia el cual tienden en cada ser los fenómenos vitales? Aun podemos analizar con Fouillée que el determinismo solo explica la serie de las cosas y la manera según la cual se suceden en el tiempo, pero no dicen nada de lo que son.

Que desconsoladora perspectiva, que insoportable desesperación, que abatimiento tan profundo se apodera del espíritu cuando se considera que no es sino un organismo automático, movido por el determinismo de la naturaleza. El bien, el deber, la justicia, la virtud, la esperanza, el progreso y otros principios titulares de la naturaleza humana, elaborados por el puro y clásico templo de la ciencia tradicional, son palabras extravagantes, sin objeto ni valor científico, verdaderos esquemas, vacíos de toda realidad. Mas, por fortuna, tanta desdicha, no es exclusiva ni absolutamente cierta: la humanidad progresa, un ideal grandioso la sugiere y en pos de él, sigue su marcha, siglo tras siglo, entonando cánticos de júbilo, a ese poder misterioso que lo lleva hacia delante y hacer ser lo que ella desea.

¹³ Inicio del folio 39.

LIMA, JUNIO 28 DEL (18)99

MOISES SANCHEZ

V. B.

ALZAMORA